



Belleza

Don Víctor: Hombre, don Hugo, que me diga usted que unos rectángulos de Mondrian son la cima de la belleza en la pintura del siglo XX...

Don Hugo: Si es que en realidad la pintura ya no se ocupa de eso.

Don Víctor: ¡Pues anda que la escultura!

Don Hugo: Lo más bello habrá que buscarlo en una máquina...

Don Víctor: ...o en un edificio...

Don Hugo: el Maserati que tanto les gustaba a nuestros padres...

Don Víctor: ...un avión supersónico...

Don Hugo: ...los rascacielos de Manhattan...

Don Víctor: ¡Caramba, qué agresivo es todo! Si al final iban a tener razón los futuristas...

Don Hugo: Lo que no es violento, no es bello.

Don Víctor: Hay, sin embargo, un objeto -arte aplicado desde luego- de una belleza y amabilidad que se las tiene tiesas al pasado.

Don Hugo: No me diga, don Víctor, ¿del siglo XX?

Don Víctor: Es muy corriente además.

Don Hugo: No me irá a salir usted con la cafetera Salvareni, ¿verdad?

Don Víctor: Es el vestido femenino, el que vino en los años 20 y se quedó. ¡Afortunadamente!

Don Hugo: ¡Cuánta razón lleva usted, don Víctor! Es sencillo, ligero, sigue la silueta natural, la colorea y la adorna con el vuelo de la falda.

Don Víctor: Me acuerdo de una película francesa de aquellas de arte y ensayo en que una pareja cruzaba a la carrera una plazoleta de París. Ella era un encanto corriendo con su vestidito, de la mano de su novio.

Don Hugo: Es cierto. Ya he olvidado qué película era. De hecho, como usted, don Víctor, sólo recuerdo aquel plano.